

Dos epífanos

Por Juan Carlos Botero



Bahía, Santa Marta

Vacilación

La piragua avanza arrastrada por la corriente. El cazador está sentado en la punta de la proa. Abierto de piernas, sus muslos cuelgan por las bordas, sus botas casi rozan el agua, y tiene la culata del rifle asentada en la cadera. Contempla la selva verde y frondosa que amuralla las orillas. Detrás suyo, el viejo y taciturno guía de piel morena, con el rostro medio cubierto por el descosido sombrero de paja, dirige la nave con calma; de vez en cuando hunde el canalete en el agua color marrón, manteniendo el rumbo, esquivando troncos y remolinos, respetando la voluntad del río. El cazador observa el agua que pasa bajo sus pies. Alza la vista, examina las copas de los árboles, y descubre un mono que cuelga de una rama arqueada por el peso, escogiendo y mascando hojas. El hombre le hace señas al guía y la piragua vira hacia la orilla. El cazador levanta el arma. Acomoda la culata y la presiona con fuerza contra su pectoral

derecho; ubica al mono, lo fija en la mira y aprieta el gatillo. El estruendo levanta una algarabía de aves y el mono da un volantín en el aire y se precipita a tierra, azotando las ramas. Escuchan el golpe seco contra el suelo. La proa se vara y alza en el barro y el cazador salta a la orilla y vadea entre la alta maleza. Encuentra al mono al pie del árbol. Está vivo. El hombre levanta de nuevo el rifle, pero se detiene. Sentado, el mono se pasa la mano por el hombro herido y examina sus dedos negros y arrugados, bañados en sangre roja y brillante. Su expresión de incredulidad es casi humana. Como si no comprendiera, vuelve a pasarse la mano por el hombro y la retira untada de sangre. La mira, confundido. El cazador vacila antes de disparar.

La ejecución

Los guerrilleros llevaban días huyendo en la selva. De los veinte involucrados en la emboscada quedaban quince. Estaban agotados, y sabían que faltaba una semana más de penosa marcha. Acamparon a la orilla de un río en el ocaso. Esa misma noche enfrentaron la situación: los nueve soldados capturados entorpecían la retirada y no tenían provisiones para alimentarlos. Al final de una breve discusión, decidieron fusilarlos. Condujeron a los soldados al borde fangoso del río con las manos amarradas a la espalda. En la oscuridad parecían niños asustados. Para ahorrar municiones, resolvieron liquidarlos en grupos de tres. Alinearon los primeros, muy cerca uno detrás del otro. Los muchachos, con los uniformes desgarrados y mugrientos, no parecían entender lo que estaba pasando. Una guerrillera se paró delante del primer soldado;



apoyó su fusil contra la frente del joven que la miraba con los ojos incrédulos del pavor, y disparó. Las cabezas estallaron como manzanas verdes. Arrojaron los cadáveres al agua. Lentamente, a tropiezos, se los llevó la corriente. El segundo grupo chillaba y maldecía a los guerrilleros pero los mataron igual. Alinearon los últimos tres soldados, obligándolos a quedarse quietos, y la mujer apuntó el fusil contra la sudorosa frente del primero y apretó el gatillo. Sonó un clic. Nadie se rió. La mujer examinó el arma, desconcertada, y la recargó mientras los soldados lloraban histéricos, implorando que no los mataran. Apoyó de nuevo el fusil contra la frente del primer muchacho y disparó. Los tres cayeron en el estruendo. Después de unos segundos, el último comprendió que aún estaba vivo. El cráneo de su compañero había explotado en su cara pero la bala no lo alcanzó a tocar. Mantuvo los ojos cerrados, aguantando la respiración, consciente de que la masa caliente y viscosa que escurría por sus párpados, nariz y labios, eran los sesos de su amigo. En medio de un extraño silencio, sintió que le revisaban los bolsillos y le quitaban las botas. Luego, que lo alzaban de los hombros y de los pies, y fue arrojado al río con los demás. Se dejó arrastrar por la corriente, flotando boca arriba en la noche sin estrellas, y en cuanto pudo se aferró a un tronco que lo llevó varios kilómetros río abajo. Al final, braceó despacio hacia la ribera cubierta de maleza, y salió gateando del agua, exhausto, chorreando lodo y lágrimas, con los

dientes castañeteando. Miró a sus costados, cauto, y se introdujo descalzo en la espesura de la selva. Fue el único sobreviviente.

*Juan Carlos Botero. Bogotá, 1960. Estos dos epífanos, como él los ha denominado, aparecieron en su libro *Las semillas del tiempo* (Bogotá, Planeta, 1992), que será próximamente reeditado por Planeta. Ha publicado las novelas *La sentencia* y *El arrecife* (Planeta, Bogotá, 2006), y el libro de cuentos *Las ventanas y las voces*. Algunos de sus cuentos han sido incluidos en importantes antologías nacionales e internacionales. Es uno de los invitados que estarán en Medellín el 21 y el 22 de marzo de 2007. Con el término epífabo, Juan Carlos denomina las ficciones cortas, en prosa, que develan hechos o instantes significativos en sentido humano.